

APRENDIENDO A VIVIR

Tía Rosa no era como los demás adultos que te arruinaban la tarde obligándote a echar la siesta. No, ella nos contaba preciosas historias, nos proponía enigmas y nos aconsejaba lecturas tan certeramente, que despertó las “leonas” que llevábamos dentro. La prima Cati era sólo unos meses mayor que yo, ni siquiera un año, y salvo en las primerísimas lecturas nunca tuvo que esperarme. La vieja tía abuela había sido nuestra fuente de inspiración y nuestra escapada fantástica en las tediosas tardes de verano. Tenía un brillo en los ojos y una sempiterna sonrisa que nadie podía ignorar. Para nosotras era la viva imagen de la alegría, quizás ahora diría felicidad, aunque no recuerdo que nadie la definiera así.

A medida que cumplíamos años íbamos comprendiendo un poco más las historias de la tía Rosa: tan sencillas y tiernas a los siete, tan intrigantes a los diez y tan emocionantes y románticas a los trece. Sin embargo, había un velo sobre “su” historia que ni ella ni mucho menos el resto de la familia estaban por la labor de levantar.

En plena adolescencia no nos hacía falta mucho para empeñarnos justo en lo que los adultos no querían. Los quince años son muy atrevidos y llegué a la casona resuelta a hablar en profundidad con la tía. No me gustó que no estuviese en la puerta. Habíamos hecho sonar el claxon en el desvío, como siempre, y eso era tiempo suficiente para dejar el libro o la labor y salir al porche. Salté del coche y fui en su busca, tiré un beso al aire al cruzarme con la vieja Tata que cuida de tía Rosa y la encontré sentada en su sala preferida, mirando por el balcón.

Cati no llegaría hasta el día siguiente, así que tenía toda la tarde para devanar la madeja que hervía en mi cabeza. Al acercarme a la tía y darle un beso no se giró, siguió mirando las montañas; sus ojos no tenían brillo y se había borrado su sonrisa. Al sentarme a su lado reparé en que estaba en una silla de ruedas. Le cogí la mano y, sin apartar los ojos de las montañas, le conté bajito todo lo que tenía pensado preguntarle; de paso le confesé, más bien me confesé, todas las dudas y miedos que me desasosegaban y que nunca antes habían salido de mi boca.

Durante la cena persistí en mi papel de adolescente ausente, pero poniendo atención en lo que decían a mi alrededor. Aparecieron palabras inusuales que, tal como me había enseñado a hacer la tía Rosa, tuve que buscar luego en el diccionario: ictus, afasia, voluntad, apatía, desgana...e hice mi composición de lugar. Aunque no fue hasta la comida del día siguiente, ya con Cati y su familia, cuando conseguí

redondear la historia con los términos que faltaban: rara, peculiar, extravagante, años oscuros...

Al parecer la madre de Cati se mostraba un poco más comunicativa que la mía — bueno, quizá la rara era yo— porque mi prima venía bastante bien informada. Cuando acabó de contarme los pormenores del accidente vascular —término que ya había buscado yo la noche anterior— atacué con lo de “los años oscuros” y ahí la pobre Cati también estaba en blanco, como yo.

Le propuse ir a leer un rato a la salita. Aunque su cara me decía “pobre ingenua”, no tuvo valor para negarse y nos sentamos a los pies de tía Rosa aprovechando la preciosa luz que entraba por el balcón. Siempre empezábamos por el último libro del verano anterior, tanto si lo habíamos terminado como si no, primera norma de la tía. La segunda, era leer distintos párrafos en voz alta para comprobar que nuestra dicción era aún más clara y limpia que el año anterior.

Mientras Cati leía me quedé ensimismada mirando las huesudas manos de tía Rosa. Las dos primeras veces dudé, pero a la tercera estaba preparada y se lo señalé a mi prima. La tía movía un dedo y no parecía involuntario, yo quería ver cierta cadencia. Seguimos leyendo para comprobarlo. Estudiábamos la frase y hacíamos interpretaciones de lo más peregrinas. Así pasamos la tarde. En los días sucesivos fuimos afinando nuestro sistema hasta concluir que eran palabras lo que marcaba y que, con una paciencia y memoria asombrosas, componía frases. Al principio eran genéricas, como tanteándonos, pero luego nos decía cosas sólo para nosotras y los ojos le volvían a brillar.

Día a día notábamos que revivía. Hacíamos tantas bobadas que en una de esas la tía Rosa hizo un gesto extraño, lo más parecido a una sonrisa que le habíamos visto ese verano y reímos nosotras como locas, maravilladas del progreso. Esperó pacientemente a que se nos pasara el ataque y nos preparásemos para leer, escribir y actuar, es decir, a poner en marcha nuestra particular forma de comunicación e indicarnos el siguiente título que debíamos localizar en su maravillosa biblioteca.

A mí me seguía bullendo en la cabeza el montón de preguntas que había preparado y las compartí con Cati. Ella se cuestionaba lo mismo y no encontrábamos respuestas. Lo que más nos intrigaba eran los años oscuros y cuándo habían sido. La tía tenía un montón de años, desde luego, y habíamos oído que no siempre vivió en esta vieja y provinciana ciudad. Incluso supimos que “había estudiado más allá de lo que las

familias acomodadas consideraban conveniente para sus hijas” frase que la madre de Cati ponía en boca de nuestro abuelo, hermano de la tía Rosa.

El verano avanzaba y poco a poco tía Rosa empezó a emitir algunos sonidos comprensibles y a controlar pequeños movimientos. Cati y yo nos sentíamos reconfortadas. Sin olvidar las maravillosas manos de la fisio, que con sumo cariño la trataba a diario, nos parecía que la mejoría era gracias a nosotras. Y, en parte, así era.

El final de las vacaciones nos llenó de tristeza. Por primera vez nos habíamos sentido útiles en una situación nada fácil para dos adolescentes. Éramos un poco más adultas y estábamos encantadas.

Según nos contaron pasó el lluvioso otoño regular, sus doloridos huesos le pasaban factura; en cambio, la recuperación del ictus sorprendió a propios y extraños. La Tata decía que algo había visto cuando estaba casi muerta que le hizo recuperar la ilusión. Relegó sus lecturas y se puso a escribir con ahínco, dedicando el cien por cien de su tiempo y energía.

El invierno fue duro. Afortunadamente la chimenea del despacho era la que mejor funcionaba de toda la casa y lo convertía en una estancia cálida y confortable. Salvo para dormir, y les costó convencerla, la tía Rosa no salía de su refugio. No hablaba mucho, comentaba triste la Tata que era una gran conversadora, pero verla tan feliz de nuevo le reconfortaba.

Una mañana de primavera, la tía Rosa no se despertó. El médico dijo que su viejo corazón dejó de latir, sin más, y que murió dulcemente mientras dormía. Era el catorce de abril de 2003, lunes de semana santa, y estaba a punto de cumplir 90 años.

La noticia me llenó de tristeza y de rabia. Para colmo sin Cati. Mi prima y su familia estaban de vacaciones en San Petersburgo y era imposible que llegasen a tiempo. A medida que nos acercábamos a la casona me invadió el miedo. Nunca me había enfrentado a la muerte y no sabía cómo iba a reaccionar. Mamá me dijo que no era obligatorio verla y que la decisión debía tomarla yo. Papá, más triste de lo que yo podía suponer, me guiñó un ojo diciendo: “no te preocupes, yo le presentaré tus respetos”. Luego, a solas, me aseguró que él me diría si impresionaba verla o no y eso me tranquilizó.

Habían montado el velatorio en el comedor grande. Familiares, amigos y vecinos se saludaban sin saber muy bien a quién dar el pésame por la muerte de la vieja

solterona. Aunque todo el mundo la respetaba, más por el apellido que por otra cosa, pocos eran los que traspasaron la línea del círculo íntimo.

La Tata estaba desolada, pero al verme cesó el llanto al instante y me dedicó una triste sonrisa. Puso sus manos sobre mis hombros, me besó en la frente y me abrazó con ternura. Me designó, sin mediar palabra, como doliente principal, y así lo sentí yo en ese instante. En el abrazo me susurró al oído que fuera a verla tras el entierro.

Papá vio la escena y esperó para decirme que, aunque era una frase hecha, la tía Rosa parecía realmente dormida y que su rostro transmitía paz. Me miraba a los ojos y hacía ese gesto de apretar un poco los labios para enfatizar lo que decía. Me tendió la mano, se la cogí y me llevó hacia el comedor. Notó una ligerísima tensión en mi mano y paró en seco. Respiré hondo y le repetí el gesto que él me había hecho hace un momento a la vez que asentía. Pasándome el brazo por los hombros llegamos a los pies del ataúd. Papá tenía razón, al verla comprendí que hay que ver un rostro así para entender lo que es morir en paz.

No recuerdo mucho de las dos horas siguientes. Tomé conciencia en el momento de echar sobre el ataúd, antes de que los operarios lo taparan del todo, un puñado de tierra y una flor. Cuando lo veía en las películas me parecía sobreactuado y cursi, en cambio en ese momento tenía un significado especial. Me salió sin pensarlo, lo sentía. De nuevo en la casona fui en busca de la Tata que me esperaba en el despacho. Sobre la mesa una cajita de joyería y otra grande. De la pequeña sacó una cadena de plata de la que pendía una llavecita y me dijo: "tu tía sabía que moriría pronto por eso trabajó incansablemente hasta hace una semana, entonces me hizo el encargo de entregarte estas dos cosas. La llave abre este estuche en el que guardó... ¿cómo dijo?...*tus respuestas*. Sí, eso dijo".

El estuche tenía forma de libro y era una obra maestra de ebanistería. Perfecto, bello y funcional mantenía a buen recaudo más de cien folios manuscritos. En la soledad de mi habitación me sumergí en lo que parecía una gigantesca carta que empezaba con un "Mi querida niña" preciosamente escrito y resaltado, quizá también a modo de título. Me contestaba a todas y cada una de las preguntas que le hice aquella primera tarde del pasado verano. Para mí fue un monólogo interior, un pensamiento sincero en voz alta. Suponía que no me estaba oyendo, por eso, además, confesé mis más profundas inquietudes.

Folio a folio fui descubriendo su adolescencia rebelde y su juventud inconformista. Hasta ahí nada nuevo bajo el sol, aunque sí para aquellos años. Al terminar "los

estudios de señoritas” consiguió, de forma no muy lícita, que su padre la mandara a estudiar Magisterio a Madrid. Necesitaba salir de su pequeña ciudad, ampliar el horizonte. Allí vio llegar la II República y el aire fresco que la acompañaba. Estudiaba y vivía, vivía y estudiaba. Entró en los círculos pedagógicos donde gente animosa, ilusionada y activa buscaba el bienestar de los más desfavorecidos, de las mujeres, de los niños. Ella amaba enseñar y enseñar a niñas, las mujeres del futuro, era esencial. —Había tanta dedicación, tantas ilusiones, que te empujaba a intentarlo todo, —decía la tía Rosa y continuaba —La gente de la farándula siempre estaba en primera fila. Me fascinaba su trabajo. Yo habría sido incapaz. Allí encontré al amor de mi vida ¿Cómo no enamorarse? Lo tenía todo: alegría, ternura, comprensión y amor a raudales; aunque yo era una provinciana timorata sentí el flechazo y caí rendida. Se llamaba Max, nació en Asturias, y recorrió toda España con una pequeña compañía de teatro hasta recalar en Madrid en el 31. Participamos en todos los proyectos que poco tiempo antes se habrían considerado utópicos ¡Qué felicidad! Íbamos a los pueblos donde nunca habían visto teatro y sus caras lo decían todo. Yo me dedicaba a los niños, sus primeras letras, sus primeras lecturas...

...Así pasé los dos mejores años de mi vida. Los dos siguientes también fueron felices, pero el cambio político nos limitó enormemente nuestro trabajo. Max se fue a su querida Asturias al terminar el verano del 34 y no volvió. Pudimos cartearnos bastante tiempo; luego, al estallar la guerra, silencio. Mi padre vino a buscarme a Madrid y me hizo regresar a casa. Allí las noticias llegaban tarde, pero llegaban. Entre el Ateneo, la biblioteca y un par de amigos de mi padre más...”abiertos”, me mantenía al tanto. Delaciones, detenciones, listas de represaliados. Aquel día en el Ateneo mi mundo se vino abajo. En una de esas listas leí su nombre: Máxima Acebal García y a continuación: pena de muerte. Era mi Max, era ella. Mi maestra, mi amor, mi vida—

Contuve la respiración, los ojos anegados y el corazón encogido. No podía seguir leyendo y me dejé llevar por las lágrimas. Una buena llantina es liberadora, reparadora, te tranquiliza y te permite continuar. Tía Rosa relataba su vida posterior como un reto aún mayor que sus años en Madrid. Max le enseñó que la vida con una sonrisa es mejor vida y que hay que buscar el lado bueno de las cosas. Convirtió el recuerdo de su amor en su energía vital y aceptó el puesto de maestra en el colegio de monjas que su padre le buscó. Al fin y al cabo enseñar era su vida. Comprendí lo que Cati y yo habíamos significado para ella estos últimos años. Y esta carta me demuestra que también supo lo importante que ella fue para mí. Mi vida y mi mundo cambiaron a partir de ese día. Empecé a sonreír.